

LIBROS

MUNDO EN CAMBIO CHICO

Guido Piovene: *LAS ESTRELLAS FRIAS*. Emacé Editores, Buenos Aires, 1971, 232 pp. (Ed. Indiana).

El protagonista de esta novela de Piovene (Premio Strega 1970, 181 votos en 473) descubre un día, que no puede oír, pero su sordera es más bien filosófica; empieza por no importarle que su amante lo deje, para terminar desconectándose de todo. Ya en la casa solitaria de su padre, no busca siquiera aclarar un crimen de que se le acusa. Vive escondido en una cabaña, y el proceso de su extrañamiento avanza. Siente la alegría de la deserción total, de sentirse en consecuencia —según piensa— cada vez más semejante a sí mismo. Piovene introduce entonces en la obra un policia-filósofo, mezcla depurada de solicitud, interés, curiosidad por el prójimo y compasión. Pero esa sensibilización, esa proximidad que le inflige al protagonista, resulta contraproducente. Y es después de ese fracaso cuando se encuentra con Dostoievski, sí, el mismo, a los ochenta y ocho años de su muerte oficial. Viene de una posmuerte que describe como una caminata interminable, sin saber hacia dónde, de seres débiles, inocuos que terminan casi siempre disolviéndose en la nada como una mancha que se esfuma. El relato de Dostoievski es torpe y desmañado. Convive desganadamente con el protagonista, pero nos asusta aun sin ganas, filosofías que nos podrían parecer disparatadas, extrapolaciones de un más allá cuya índole no parece tolerar alguna clase de traducción de lo que allí imagina en algo que pueda pasar en este mundo. Si no rechazamos por de pronto tales incongruencias, es en gracia a la fluidez y lógica con que el autor va desarrollando sus consideraciones. Ese tono reflexivo permanente, prolijo, nos hace en efecto esperar, pese a lo absurdo de la situación, el anuncio de alguna clase de totalización plausible. La gratuidad de esa resurrección casi fantasmal posterga nuestra adhesión, pero no podemos dejar de sentirnos fascinados al reconsiderar esa marcha obsesionante hacia un fin desconocido que el ex muerto describe con el cansancio de quien no intenta mayormente comunicarse ni mucho menos convencer. Creemos al principio que, si hay algo de interés en lo que dice, no hacía falta dar esa vuelta por el otro mundo. Pero el autor, con mano maestra, sin necesidad de enfatizar nada, nos hará sentir retrospectivamente en las páginas finales la razón oculta de sus imaginaciones, así como el por qué de haber elegido precisamente a Dostoievski. Todo, finalmente queda para el protagonista vacío de significación y de emoción humana. El mundo se reduce a un repertorio neutral, y al hombre sólo le corresponde proceder a su inventario: al hombre le toca registrar y hablarlo; es el testigo necesario, sin cargo ni descargo que hacer. Accede así el protagonista a un "estado de objetividad absoluta" como empadronador de "un mundo eterno, esplendoroso, terminado", de un mundo de "estrellas frías", muertas ya, pero cuya luz nos sigue llegando eternamente. El mundo sólo existiría para ser catalogado.

La novela insinúa e ilustra, en suma, un camino de redención, de salvación; y no en la dirección más transitada, aunque ya fuera recorrida en cierto modo por Lucrecio, por un epicureísmo del que aquí sólo queda su más escueta y, por eso mismo, su más rescatable sustancia. A la deserción inicial, al apartamiento y soledad que, como siempre, precede a la revelación, al inútil momento posterior de la filosofía como policía, sucede esta recuperación final, ese descubrimiento de que todo está en todo, pero de que hay que adquirirlo en cambio chico, de que no hay un valor único por un total que, como tal, no existe. Y al decir todo, se incluyen también los muertos, que en realidad están vivos del único modo en que es posible vivir, es decir, en la conciencia de quien los registra póstumamente. Intercambiar piedras de colores con un niño es, en tal estado,

el admmum de la picnitud, no exalta da por cierto con el calor de asociaciones engañosas, sino fría como un resiejo en el cristal. Resulta oportuno consignar la similitud que presenta dicho estado con el que postula Bevilacqua en "El ojo del gato"; parecería insinuarse así en la novelística italiana una tendencia bastante reiterada hacia un desapego frío y cristatino que sólo podría entenderse, si no como sabiduría, como tal demasiado inhumana, ni menos como compensación eventual-mente indispensable ante tensiones contemporáneas demasiado humanas.

Debe ser ésta la mejor novela de Piovene, fecundo ensayista, periodista y novelista, que cumplió hace poco los sesenta. Escrita con mesura ejemplar, con total dominio de sus medios y dejando transcurrir con rara transparencia su intención en fantasías que, en primera instancia, pudieran parecer desorbitadas, no es tal vez excesiva la opinión expresada por Gian-Carlo Vigorelli en "Tempo" cuando dice que es "una de las obras de más valor en nuestro tiempo como diagnóstico y como terapéutica". No es posible sin embargo dejar de oponer un reparo que puede para muchos ser fundamental: ¿qué valor de generalidad puede tener la opción de un personaje que, aun recluido en el más apartado de los retiros, dispone de un puntual sirviente que le hace llegar todos los días el desayuno y el almuerzo?

WASHINGTON LOCKHART